

El Poder de las Manos Vacías

Hunter Farrell

Red Peruana de Manos Unidas contra el Hambre

La tentación es fuerte y aumentará en cuanto se acerca el tiempo de la salida para su viaje de misión.

Sólo pensar en el viaje y el trabajo en una comunidad del Tercer Mundo basta para aumentar nuestra angustia sobremanera. ¿Estaré seguro? ¿Podré beber el agua? ¿Podré acomodarme a la pobreza? ¿Cómo me sentiré siendo la persona más rica que la comunidad nunca haya conocido (ya que nunca me he sentido rico en lo más mínimo)? ¿Cómo podré responder a las personas necesitadas – a los niños hambrientos? ¿Cómo me cambiará este viaje, en mi comprensión de la manera en que Dios trabaja, especialmente en relación a mi modesta “riqueza?”

Esta angustia interna, aunque sea incómoda, bien puede ser el instrumento que producirá profundas lecciones y cambios personales (¡que es precisamente la razón que me llevó a inscribirme para el viaje!). Me señala que estoy pasando más allá, pisando en terreno sagrado que es el encuentro con personas que son dirigidas por suposiciones vitales distintas a las mías. Y cuya fe espero poder comprender. Esto prepara mi corazón para recibir lo inesperado. Y también me hace recordar que es Dios que está a cargo del viaje desde el comienzo hasta el fin.

Pero, con el aumento de la angustia, tantos misioneros de corto plazo comienzan a reunir “regalos” -- plumas, caramelos, cuadernos espirales, cepillos de dientes, etc. Bueno, puede ser que la palabra “regalo” no convenga, si es que un regalo tiene el propósito de representar una relación entre personas. La verdad es que muchos de los objetos que las visitas suelen dejar en la comunidad revelan muy poco acerca de quiénes somos, como también revela que sabemos muy poco

acerca de ellos. Lo más frecuente es que lo único que comunica el obsequio es nuestra presunción de que la persona que lo recibe lo necesita. (Si le entrego un cepillo de dientes, lo más seguro es que me mirará de manera extraña.)

Para verdaderamente encontrarme con un amigo me es necesario dejar a un lado mis suposiciones previas, mi estatus y mis diplomas académicos, y mi poder, para así recibir a las personas como son. Por un largo rato, bastante incómodo, mi ignorancia completa del idioma local me baja desde las alturas de mi respetable profesión al nivel de un bebé, balbuceando saludos tomados de una libreta, para el estrepitoso entretenimiento de los niños de nuestros anfitriones. En un relámpago me doy cuenta cómo me he acostumbrado a mis “accesorios” personales, de modo que mi estatus y mis conocimientos especiales pierden importancia. En cierta manera, estas cosas han sido las que me hacen lo que soy. ¿Es verdad? Me ruborizo, bajo mi rostro con el peso de esta revelación. Los ojos se me llenan de lágrimas y sonrío. Y de alguna manera el comité de recepción de los anfitriones se da cuenta, avanza, y me abraza. Todos, los 34 adultos y todos los 52 niños, y repetidamente los pequeñitos. (Nunca he sido abrazado seguidamente por 86 personas a la vez en toda mi vida, comento después, orgulloso). Este poderoso encuentro inicial estableció la pauta que habría de dirigir el trabajo de toda la semana, transformándonos milagrosamente en amigos.

Esta es la razón por la cual nuestro pastor nos advirtió de que deberíamos no sobrecargarnos con “regalos,” ya que podríamos haber convertido ese momento de poderoso encuentro en un circo de “dame, dame”, los niños gritando y demandando más. Sin saberlo habríamos ostentado nuestra riqueza, dejando poderosas expectativas para la próxima iglesia que visitara la comunidad. Hay un proverbio de Etiopía occidental que dice, “Sólo podemos abrazar con las manos vacías.”

El Poder de las Manos Vacías, cont'd.

No se me malentienda. El llevar obsequios sencillos en una visita misionera puede ser un gesto bello. Puede ser la entrega de algo que habla de mis raíces y mi historia para ese nuevo amigo, que me está enseñando algo sorprendente acerca de mi mismo y acerca de Dios. Y podemos dejar de lado todo aquello sobrante que tiene el sólo fin

de ayudarnos a recordar ansiosamente nuestros cómodos hogares con sus duchas calientes.

Necesito vaciar mis manos para poder recibir algo que mis nuevos amigos ofrecen. Nunca hubiera pensado que las manos vacías podrían llegar a ser tan poderosas.

